

# Irene Cruz

## Aus heiterem Himmel (De repente)

Nacht und nebel (Noche y Niebla)

Con su trabajo audiovisual y con las palabras que lo presentan, Irene Cruz nos invita a pensar en nuestras propias fronteras vitales, a sumergirnos en los peligrosos territorios inexplorados de los límites entre la oscuridad y la luz, a viajar con ella esos pocos instantes durante los cuales el día se siente más poderoso porque ya se está convirtiendo inexorablemente en misteriosa noche. Nos invita a cruzar las fronteras que se encuentran entre lo mágico y lo real; entre lo visto y lo intuido; entre el movimiento continuo del río y la quietud fortalecedora del bosque; entre el fluir visible del columpio infantil y el inadvertido fantasma de lo que no podemos ver ni sentir: de lo invisible que se escapa al cuadro y al encuadre.

Como si se tratara de un verso lorquiano, las fotos y los vídeos de Irene Cruz se debaten en “un deseo de formas y límites que nos ganan”. Pero al mismo tiempo –y también Lorca lo cantaba- las imágenes de Irene desbordan la realidad apostando por un cuidado naturalismo cuando “desnuda la montaña de la niebla impresionista”. Un naturalismo descarnado y poético; barroco y neblinoso. Un naturalismo filtrado por la metafísica visual de Lars Von Trier y la visualidad poética de Terence Malick. Un naturalismo que, como apuntaba Emile Zola, puede no necesitar ir más allá de un fragmento de la naturaleza vista a través de un temperamento. Y el temperamento artístico de Irene Cruz es como un yunque que aguanta el martilleo de la realidad y convierte el tremendo sonido del entrechocar de los hierros en suaves gritos de irrealidad y de vacíos existenciales.

Salvador Dalí, en su lúcida y disparatada locura, se jactaba de su especial naturalismo cuando señalaba: “Pinto descalzo, me gusta sentir la tierra bien cerca de mis ‘dos’ pies”. Irene Cruz fotografía descalza, siente descalza la húmeda tierra del bosque, crea descalza porque le gusta volar por la naturaleza en esa “hora bruja” del atardecer tardío o del anochecer temprano. Volar, fluir, vivir y saltar. Para caer de nuevo pesadamente en la tierra real; para sentir en sus pies la humedad de la neblina que ya no es naturalista porque se ha convertido en poesía romántica alemana.

Cayendo en la tierra mojada y fría, con su eterna descalcez (no se si existe esa palabra, pero significa... y mucho) y con su entrañable mirada de niña desconcertada que busca y busca en el bosque ya oscuro, porque sabe que sólo buscando es posible encontrar, aunque ya no haya luz.

Buscando y equivocándose. Buscando y distrayendo la mirada. Cometiendo errores y aprendiendo de ellos. Borrando en su pizarra digital para volver a re-escribir la vida con su lápiz analógico; muriendo para volver a revivir; con más fuerza, con mayor poderío; con la sabiduría del artista que comparte con Baruch Spinoza ese sentido monista de entender la naturaleza como si fuera Dios y a Dios como si formara parte de esa naturaleza que nos atrapa, que nos fascina, que nos engulle...

Que nos devora y que nos hace pensar en lo corpóreo y pesado como si formara parte del alma y del vuelo y en el alma como si fuese ese cuerpo del que no podemos evadirnos y que nos hace caer de nuevo en la tierra.

Eduardo Rodríguez Merchán